

EL ATENEO LOROQUINO.

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y DE BELLAS ARTES.

AÑO II.

LORCA 1.º DE DICIEMBRE DE 1872.

NUM. XVII.

SUMARIO. *Estudio sobre el estado filosófico moral de la Sociedad presente*, por S. POESPER. *Confidencias á la orilla del mar*, por D. FELIPE PLÁ. *De la Escritura*, por D. TOMÁS PERIAGO. A. . . . por D. FEDRICO RODRIGO. *Mi primer amor*, por D. C. B. B. Suetos,

ESTUDIO SOBRE EL ESTADO, FILOSÓFICO-MORAL DE LA SOCIEDAD PRESENTE.

(Continuacion.)

III.

Al escribir este tercer artículo de nuestros estudios, en el que hemos de considerar el estado moral de la sociedad presente, embarga á nuestro corazón el más profundo dolor y resistese nuestro pensamiento á ser expresado.

El cuadro que á nuestra vista se ofrece para ser estudiado es sombrío, triste y desconsolador. Las descarnadas figuras del egoísmo, del indiferentismo y del sensualismo se destacan en él con todos los detalles de su fealdad; y si alguna afecta gracia y dulzura es por presentarse ataviada con el manto de la hipocresía.

Tal estado conviene armónicamente con el filosófico, estudiado en nuestro último artículo y vamos á intentar el probarlo.

Toda palabra expresa un pensamiento que la da vida, porque ella no es otra cosa que el medio que ejecuta la voluntad del alma, no pudiéndose por lo tanto comprender la palabra sin pensamiento, como no se comprende el efecto sin la causa. Así, toda costumbre manifiesta una creencia arraigada en la inteligencia que determina la acción de la voluntad, y no se dá por lo mismo, ni comprenderse puede una costumbre que no implique ó responda á una creencia, como no existe el efecto sin la causa ni la palabra sin el pensamiento. La norma, pues, de las costumbres son las creencias, estando aquellas por consiguiente en relación con la mayor ó menor bondad de estas.

¿Que podemos esperar, siendo esto así, de una sociedad en la que dominan los errores filosóficos más absurdos; en la que reinan el pantheismo ó el atheismo sobre la verdadera idea de Dios, el racionalismo, el fatalismo y el materialismo en lo que se refiere al hombre y el dualismo y el atomismo en lo que al mundo concierne? ¿Qué, sinó indiferencia, egoísmo,

degradación y sensualidad?

No comprendido Dios, ó negada su existencia, pierde el hombre el freno que sujeta sus pasiones, que se desbordan, ahogando violentamente la voz de su conciencia, destruyese todo principio, negando toda virtud y hoyando todo pudor: hoy que se niega á Dios, ya por no comprenderle, ya por no querer conocerle; hoy que el que más admite le circunscribe, le marca una esfera de acción, bien limitada por cierto; hoy que se defiende que en cualquiera creencia en Dios por absurda y contraria que á su esencia y ley sea, allí está Dios y por lo tanto toda religión es verdadera: presenciarnos el desenfreno de las pasiones que al destruir todo principio moral, proclama como verdadera religión contradictorias en sus principios y por consiguiente la moral particular de todas ellas, formando ese conjunto abigarrado de indeterminados preceptos que se llama *moral universal*.

Esta es, pues, la moral que ordena las costumbres de nuestra sociedad. Presentase como origen y fundamento de todo derecho positivo; se evoca como ley que permite lo que atenta contra los eternos principios religiosos, políticos y sociales y se defiende, por último, como razón suprema del espíritu individualista que dirige los pasos de las modernas sociedades.

Empero los principios de esta moral son desconocidos por cuanto son indeterminados y por lo tanto, bien podemos asegurar que han desaparecido de nuestra sociedad los preceptos morales que al marcar al hombre un destino, un fin que ha de conseguir por el cumplimiento de los deberes que le imponen, le preparan una recompensa á sus acciones.

Y son indeterminados ciertamente los principios de la moral universal.

Dicese que son los eternos de la ley natural reconocidos y guardados por todos los hombres y en todos los tiempos; pero ¿cuales son estos? ¿Acaso los que mandan sacrificar al padre cuando se halla en la ancianidad y para nada sirve, ó los que obligan á la viuda á arrojarse en la pira donde se consumen los restos de su difunto esposo? ¿Los que sancionan la bigamia y la poligamia, y los que elevaban sillas á Venus? ¿Quizá los que consideraron al duelo como árbitro de la justicia ó los que proclamaban el suicidio?

Lo ignoramos y nadie nos los dice ni nadie los concreta; pero lo que si sabemos es que, dependientes de las creencias particulares de cada hombre, son tantos como estos; tan variables, tan contradictorios como ellos.

No nos ha de extrañar por tanto que el principio moral de uno sea el procurarse la mayor suma de placeres sensuales, ni que el de otro consista en señalar como móvil único de la actividad humana la utilidad que la acción puede reportarse, ni que el de un tercero sea su propio interés, mientras que para otro menos exclusivista sea el de la sociedad en general, produciendo esta anarquía de creencias que deja al hombre sin ley moral alguna, el que como consecuencia precisa y lógica se proclame la impunidad en los delitos que la conciencia pública condena, cubierto el delincuente por el escudo de su propia moral que no reprocha ni encuentra crimen en sus actos.

La imputabilidad de acciones en la presente época es un mito en la práctica porque lo es en el terreno filosófico desde el momento en que una moral sin principios concretos, é individual por ser universal, deja á la conciencia particular el cargo de morigerarse á sí misma, siendo por tanto, una arbitrariedad sin límites toda sanción penal.

Bien observamos prácticamente, por desgracia, cuanto acabamos de exponer. Exceptuando en aquellos delitos que por su inmensa gravedad y escándalo condenan todas las conciencias y la voz pública, en todos los demás que más próxima más remotamente han de producir desgracias inmensas, se evoca la moral universal como razón suficiente é indestructible argumento que justifica el delito poniendo á salvo al delincuente de toda criminalidad. Así sucede que el principio de autoridad se encuentra escarnecido y burlado á cada paso, teniéndose á gala el hacer público alarde de haber hollado la ley y evadido su acción: así vemos ridiculizados impunemente por la más desvergonzada sátira principios que debieran ser inviolables porque en ellos descansa todo el edificio social; y vemos que la impaciencia y el cinismo más descarado salen á la luz del día, sin temor de que la moralidad los rechace y los haga volver á las tinieblas de donde proceden.

Hoy solo es criminal el que de cualquier modo ataca los bienes materiales del individuo, el que atenta á su existencia en una palabra; hoy solo hay derecho escrito, sanción externa, habiendo desaparecido ese derecho eterno que sobre el positivo debe existir, que debe originarle, que debe ser su fuente, que sancionado por la conciencia, regula, aquellas acciones del fuero interno, más trascendentales en sus conciencias que las externas, objeto del derecho positivo.

El egoísmo además se ha ensoñoreado de nuestra sociedad y es sobre todo otro vicio, el que más puede gloriarse de haberla dominado.

El hombre en nuestros días ha llegado á no amar al hombre para poder amarse más á sí propio: ha rechazado de sí todo sentimiento humano, ha destruido de su corazón toda idea grande y ha abolido la caridad y el amor porque nacen de un principio desinteresado de abnegación y desprendimiento. Solas dos ideas sintetizan sus deseos y determinan su voluntad á una acción, las de adverso y favorable con relación á su peculiar y material interés. La norma de conducta del hombre de hoy es el principio de *yo antes que nadie*, y ante este *yo* que se considera foco al que deben converger las manifestaciones, los hechos y los placeres todos de la vida, se sacrifica lo más sagrado y respetable, aunque la

honra tenga que sucumbir, proclamando el principio de que el fin justifica los medios.

La sociedad, pues, está degradada, y para que nada falte, degradados los sentimientos hasta el egoísmo, la caridad hasta el farisaico alarde de conmiseración: escondida la virtud hasta el punto de que cuando se la encuentra se la conceden premios materiales como si ella los necesitara porque viviera en esta atmósfera saturada por el vicio; apoderada la lascivia de nuestra naturaleza enferma y degenerada, se quiere degradar con falsas promesas de elevarla á un trono imaginario y mentido á la que solo en el hogar tiene un reino y en la familia su soberanía; á la mujer, que en la casa ciñe la doble diadema que forman los brazos de su padre y los besos que en su frente imprimen los rosados labios de sus hijos.

Todo es, finalmente, en nuestra sociedad en lo que al estado moral respecta, *decepción*, como en el estado filosófico, origen y causa de esta desmoralización, porque al crearse el caos en las creencias, se ha creado en las costumbres que las manifiestan.

Hemos terminado nuestro estudio sobre el estado filosófico moral de la sociedad presente. Conocemos que no hemos hecho otra cosa que señalar algunos de los motivos que lo han producido, algunos de los sistemas, y hechos que lo caracterizan, y que este estudio necesita á más de otros conocimientos de los cortos que poseemos, más extensión. Quizá no renunciemos á hacerlo más tarde, sinó con el mayor acierto, con el mejor deseo.

Empero antes de dejar la pluma consideraremos, siquiera sea brevemente, las consecuencias que del actual estado de nuestra sociedad pueden sobrevenir, y los medios que creemos más eficaces para su salvación.

(*Se continuará*)

S. POESPÉR.

CONFIDENCIAS

A LA ORILLA DEL MAR.

Mira, mira, madre mía,
Las líquidas ondas vagas
Del mar, como van y vienen
A besar sobre la playa,
Velas airosas marchar
Con cenefas esmaltadas
De bullidoras espumas
Nítidas como la plata
— Así son hija querida,
Cual del mar las ondas claras
De nuestra vida las horas
Que conforme vienen pasan;
Las que se van nunca tornan,
Las que presentes se marchan,
Las que vienen en pos de ellas
A otras después hacen plaza
Cuyo final es también

Ser por otras reemplazadas.
 — Y ¿dime, madre, ¿por qué
 Unas veces vienen blandas,
 Cristalinas y suaves
 Con sus diademas de nacar
 Y otras vienen hervorosas,
 Rugientes y alborotadas
 Apareciendo á los ojos
 Como andadoras montañas? —
 — Por parecerse á las horas
 Que sobre nosotros pasan.
 Cuando el mar es arrullado
 Por el favonio y el aura,
 Vientos vagos y suaves
 Que apenas tocan el agua,
 El agua toca en la arena
 Tranquila, quieta, callada;
 Mas cuando por el contrario
 El huracan se desata
 Y corre azotando airado
 La superficie rizada
 Entonces hierven las Olas,
 Desesperadas se arrastran:
 Y en terrible griteria
 Corren formando montañas
 A hacerse contra las rocas
 Pedazos desesperadas.
 Asi tambien de la vida
 Son las horas, hija amada
 Quietas y tranquilas vienen,
 Quietas y tranquilas pasan
 Cuando son de la virtud
 Por el aura perfumadas,
 Violentas, agitadoras,
 Locas y desesperadas
 Cuando el huracan del vicio
 Las envuelve entre sus rachas.
 — Mas mirad madre la luna,
 Como vierte su luz diafana
 Sobre el mar y cual se quiebra
 En mil fragmentos de plata,
 Vistiendo las anchas olas
 De deslumbradoras fajas,
 Que parecen un bordado
 De diamantes y esmeraldas,
 ¡Que hermoso está el mar ahora
 Con ese trage de gala!
 = Verdad que está muy hermoso,
 Lo mismo que nuestras almas
 Cuando de las ilusiones
 Reciben la luz dorada,
 En cada hora de la vida
 Un puro rayo retratan
 Y entonces las horas son
 Un bordado de esmeraldas.
 — ¡Ay madre! se han interpuesto

Entre la luna y el agua,
 Como un tristísimo velo,
 Las nubes negras y pardas
 Que le han robado á las olas
 Su brillantez y su plata.
 — Esos son los desengaños
 Que cuanto tocan empañan;
 Que con sus sombras de muerte
 La clarísima luz matan,
 Con que bellas ilusiones
 Las horas iluminaban.
 — ¿Que hay entonces en la vida
 De bello, madre adorada,
 Si de ese modo las horas
 Que segun vos son amargas,
 El vicio y el desengaño
 Las enloquece y apaga?
 — Un bálsamo delicioso
 Que el mismo cielo nos manda,
 Un lenitivo suave
 De virtud divina, santa.
 ¿Ves allá en el horizonte
 Lejos, lejos, las montañas
 Con sus vestidos azules
 Envueltos en brumas blancas,
 Que parecen de los cielos
 Una bellísima banda,
 Que ni la sombra las cubre
 Ni el huracan arrebatá?
 — Si madre que las distingo
 ¿Y esas que son? Esperanzas
 Que no abandonan al hombre
 Ni en sus horas mas amargas:
 FELIPE PLA.

DE LA ESCRITURA.

VI,

Examinada ya la j como habrán visto nuestros lectores en el número 13 de esta Revista, estamos en el caso de entrar desde luego en el estudio de la v, llamada comunmente de corazon, que es otra de las letras equívocas de nuestra ortografía: para lo cual daremos principio haciendo algunas ligeras observaciones acerca de su forma y pronunciaci6n, antes de exponer las reglas más generales para su correcto uso.

En efecto, esta letra es la decima octava consonante de nuestro alfabeto. Unos creen que su estructura material se ha tomado de la úpsilon griega, y otros, de un signo parecido á una j mayúscula vuelta, ó mejor dicho, al digamma eólico de los griegos colocado al revés, y del que algunas veces se valian los romanos para distinguir la u, vocal de ciertas dicciones en que se notaba cacofonia: y á propósito de este asunto,

Extrañando el emperador Claudio que el alfabeto del pueblo Rey no tuviese más que la *v* vocal para el desempeño de este papel y el de consonante, según los casos, introdujo el digama anteriormente citado; el que, con arreglo al fin para que se inventó, vino á ser reemplazado mucho tiempo después por la *v* consonante: así es que antes de esta reforma se escribió, por ejemplo; *recitavit*, después, *recita_vit* y últimamente *recitavit*, que es como se ha venido escribiendo hasta nuestros días.

Pero esta reforma del Filólogo imperial, fué de muy escasa fortuna; porque semejante signo únicamente se usó en las monedas ó inscripciones correspondientes á la época de este Emperador, y tal vez en los escritos de sus aduladores cortesanos, los cuales no han merecido la honra de ser vistos ni mucho ménos leídos por la posteridad: en esto estriva sin duda el origen de la *v* consonante, en lo que respecta á su forma.

En cuanto á la pronunciación de esta letra hay también dos opiniones: Dicen unos que su articulación es labidental; es decir, que viene á pronunciarse como la *v* francesa; y otros, que su sonido es parecido al de la *b*: esta última opinión, en nuestro concepto, es la más aceptable, como vamos desde luego á probar.

La pronunciación labidental de la *v* consonante no es castellana; pues sabemos que este pueblo, de raza ibera, tiene su origen en el vascongado, y no encontrándose, como así sucede, en el alfabeto de este último pueblo la precitada articulación, podemos concluir, sin temor de equivocarnos, que la primera opinión debe desecharse, por ser contraria al origen é historia filológica del habla castellana, y de aquí, los grandes esfuerzos, gestos y visajes que hacen los españoles para dar á nuestra *v* consonante el sonido de *v* francesa, cuando empiezan á aprender esta lengua.

Pero se nos podrá objetar: ¿Cómo es que los valencianos, catalanes y mallorquines la pronuncian labidental, imitando á los franceses? A esto debemos contestar: Si esto ocurre, que no es generalmente entre personas instruidas, consiste en el carácter lemosin de estos dialectos; tanto es así, que lo mismo pronuncian la *v* francesa en las palabras que están escritas con *v* consonante, que en las que lo están con *b*: con lo cual estropean y ridiculizan hasta lo sumo la genuina pronunciación de nuestro hermoso idioma.

En atención á todo lo expuesto, podemos asegurar que la *v*, consonante, así en latín como en castellano, no es otra cosa, sino un segundo modo de escribir la *b*; y por lo tanto únicamente dejan de confundirse ambas letras en su estructura material; no sucediendo lo mismo respecto de su pronunciación, y del uso respectivo que de las mismas se hace.

Para convencernos de esta verdad, basta leer con algún detenimiento las obras de nuestros poetas y las de los franceses, y veremos que aquellos no distinguen la *v* de la *b* en sus versos consonantes, verificándose en estos todo lo contrario, y por último, basta considerar que, de los cuarenta millones de españoles próximamente que se encuentran diseminados en todo el globo, apenas habrá mil que crean que la *v*, consonante debe pronunciarse de distinta manera que la *b*; y que si se pretendiera que todos aprendiesen á pronunciarla labidentalmente, como los franceses y lemosines, no podrían ménos de tomarlo

á broma; por consiguiente, se engañan muy mucho y pierden lastimosamente el tiempo los ilusos que juzgan sumamente fácil y hacedero transformar, como por ensalmo, la pronunciación de un número tan considerable de españoles.

Dicho esto, pasemos desde luego á exponer las reglas más generales para el acertado uso de estas dos letras.

Se escriben con *v* consonante todas las palabras que terminan en *ava*, *ave*, *avo*, *eva*, *evo*, *iva*, *ivo*: exceptuando el pretérito imperfecto de indicativo de los verbos pertenecientes á la primera conjugación, el mismo tiempo del verbo *ir*, todos los tiempos del verbo *haber*, y algunos nombres de origen conocido ó de uso constante, como *aljaba*, *nabo*, *plebe*, *mancebo* &.^a que se escriben con *b*.

También se usan con *v* consonante, además de todas aquellas palabras en que dicha letra se conserva, bien por el origen ó por la significación, el pretérito perfecto de indicativo, en todas sus terminaciones, las de la primera y tercera forma del imperfecto de subjuntivo, y las del futuro imperfecto del mismo modo de los verbos *estar*, *andar*, *tener* y sus compuestos, como *estuvo*, *anduviera*, *tuviéremos*, *contuviéseris* &.

Usase de la *b* en aquellas palabras en que esta letra forma sílaba con las consonantes que la siguen ó con las vocales que la preceden, y en sus derivadas, aunque estas no reúnan dichas condiciones, como *bronco*, *amable*, *absuelto*, *obtusos*, *observen*, *amabilidad* &.

Todos los tiempos de la conjugación de los verbos, cuyo infinitivo presente termine en *bir* se usan también con *b*; ménos *hervir*, *servir* y *vivir* que se escriben con *v* consonante.

Últimamente, se emplea la *b* en todas aquellas palabras que en su origen tienen *p*, como *abeja* de *apis*, *cabeza* de *caput*, *obispo* de *episcopus* &. Sin embargo, algunas dicciones faltan abiertamente á este principio, porque el uso constante, que es el árbitro del idioma, infringe con mucha frecuencia las reglas etimológicas. Así vemos *abuelo* de *avus*, *abogado* de *advocatus* y otras muchas que se escriben con *b*, apesar de tener *v* consonante en su origen.

Ahora bien, en consecuencia con lo que ofrecimos á nuestros lectores al principiar la publicación de esta Revista, ponemos á continuación un catálogo de todas las palabras castellanas que varían de significación, según que se emplea en ellas una ú otra de las letras de que nos estamos ocupando, y es como sigue:

VACA. Sustantivo y verbo. Como sustantivo significa la hembra del toro = Caja de cuero que, colocada sobre los coches, sirve generalmente para conducir los equipajes de los viajeros = La carne que se vende, aunque sea de buey &. Esta palabra trae su origen del sustantivo latino *vacca* que ha pasado á nuestra lengua con solo la supresión de una *c*. Como verbo es tercera persona de singular del presente de indicativo y segunda del mismo número del imperativo del intransitivo regular *vacar*, en latín *vacare*.

BACA. Sustantivo que significa, entre otras cosas, una especie de cáñamo de la India, así llamada = Cuerda gruesa hecha de la misma materia que en la imprenta sirve para hacer andar el tablon de la prensa = La baya ó frutilla de algunas plantas, como la del laurel, de la yedra, del mirto &.^a En esta última acepción está anticuada esta voz, pronunciándose *baya* en la actualidad.

VACANTE. *Sustantivo* que significa el empleo, cargo ó dignidad que está por proveer, y también *participio* activo del verbo *vacar*. Esta palabra se ha formado del radical *vac*, perteneciente al verbo latino, antes citado, y de la desinencia *ante*, en latín *ans* que, entre otras ideas, expresa la de profesión, industria, ocupación &.^a

BACANTE *Sustantivo*, nombre que, según la Historia antigua y la Mitología, se daba á las mujeres que celebraban las fiestas de *Baco*, y á las que seguían y acompañaban á este dios en todas sus empresas. En sentido figurado significa *furia*; y así se dice, por ejemplo: *Parecía una bacante*, es decir, una furia. Las partes que han formado esta palabra son: el radical *bac*, correspondiente al sustantivo propio *Baco*, en latín *Bacchus*, y de la desinencia *ante*, arriba indicada.

VACILAR. *Verbo intransitivo* que se toma en la acepción de moverse indeterminadamente algún objeto = Dudar, titubear, estar perplejo &.^a Este verbo viene del latín *vacillare*, por *bacillare*, que significa no estar completamente seguro por falta de báculo ó de apoyo. Está por consiguiente formado de *bacill*, radical de *bacillus* ó *bacillum*, diminutivo de *baculus*, cambiada la *b* en *v* consonante y suprimida una *l* por reglas de eufonía, y de la desinencia infinitiva en *ar*, que caracteriza los verbos castellanos de la primera conjugación.

BACILAR. *Adjetivo* que significa lo que es perteneciente ó tiene la forma de una baqueta, es decir, larga, delgada y cilíndrica. Se ha formado del radical dicho anteriormente, y de la desinencia *ar*, en latín *aris*, que no es otra cosa que una variante eufónica de las respectivas desinencias *al*, *alis*, correspondientes á las dos lenguas.

VACIA. *Forma femenina* del adjetivo *vacío* que significa cosa desocupada, que nada contiene en su interior, libre, exenta &.^a y *tercera persona* de singular del presente de indicativo y *segunda* del mismo número del imperativo del verbo transitivo regular *vaciar* de la primera conjugación.

Esta voz trae su origen del adjetivo latino *vacuus*, *a*, *um*, cuya determinación femenina ha pasado á nuestra lengua, para formar la palabra que nos ocupa, sin más alteración que el cambio de la vocal *u* en *i*, según las reglas eufónicas.

BACIA. *Sustantivo* que significa la vasija de metal ó de barro, bastante honda en su centro y ancha en su borde que sirve más comunmente para afeitarse. Se escribe con *b* inicial esta palabra, por llevar *p* el sustantivo latino *pelvis* de donde se cree que trae su origen.

(Se continuará)

[TOMÁS PERIAGO.

Á

Dicen, y no dicen bien,
Que lo dicen sin razón,
Que ya no existe en el mundo
El sentimiento de amor;
Y niega ese puro goce

Quien su efecto no sintió,
Sin comprender sus encantos,
Sin apreciar su valor,
Se entrega al materialismo
Quien el sentimiento aogó,
Quien no creyó en la virtud,
O dió al vicio adoración:
Y al cruzar tristes la vida
Que su encanto les negó
Hallan solo en su camino
Espinás, nunca una flor:
El puro goce del alma
Subyugan á la razón,
Y de sus áridos ojos
Ni una lágrima brotó;
Y sin creencias, sin fé,
Marchando del vicio en pos,
Niegan, por que no comprenden,
La pureza del amor.
¡ Desgraciado el que la llama
De la santa fé apagó,
Guardando solo cenizas
En su helado corazón !
¡ Desgraciado el que en el alma
Ni una ilusión conservó,
Y vive en el mundo triste,
Sin esperanzas, ni amor!
Amor, que es el sentimiento
Que emana del mismo Dios,
La flor más bella y preciada
Que á sus hijos concedió:
Amor que es el lazo santo
Que un alma forma de dos,
Convirtiendo en realidad
La más hermosa ilusión.
Amor, que es chispa divina
Que del cielo descendió
Irradiando en nuestra alma
Su celestial resplandor.
Amor que es objeto santo
De la más noble ambición,
La más hermosa esperanza,
Quien nos aproxima á Dios.
Compasión, compasión solo
Merece quien prefirió,
El goce de la materia
Al encanto del amor:
Y el que insensible haya sido
A tan hermosa pasión,
No diga no, que no existe
Diga que él no la sintió.

F. RODRIGO.

MI PRIMER AMOR.

(Continuación)

Me incorporé á mis compañeros y reconocí en nuestro jefe á Mehemet-Edim, el padre de mi adorada, quien nos dirigió algunas palabras, exortándonos á tener valor y á combatir como buenos; y acto continuo dió la orden de marchar á las murallas.

Salimos en espantoso tumulto y con una gritería no ménos espantosa, cosas que me parecieron altamente gaerrerías, y nos dirigimos hácia la puerta de Teherám, que era uno de los puntos más comprometidos. El fuego habia comenzado con vigor por ambas partes, y al acercarnos á los muros, su fragor hizo que disminuyeran nuestros bélicos gritos y quedasen reducidos á exclamaciones aisladas: sin embargo, ocupamos nuestros puestos, cubriendo una brecha que acababan de abrir los cañones rusos, y hácia la cual se dirigia un regimiento de infantería rusa formado en batalla, en atención á que nuestros cañones disparaban con bala y no con metralla.

Pronto se rompió el fuego de fusil por nuestra parte, al que no contestó el enemigo, que continuó avanzando impasiblemente. Yo me encontraba en primera fila y cargaba el fusil con suma lentitud para hacer el menor uso posible de él. Mis compañeros continuaban haciendo fuego, y viendó que no era contestado, empezaron á subir de punto los alaridos y en pocos segundos se movió una algazara infernal al ver que los rusos hacian alto. La primera fila del regimiento hincó una rodilla en tierra, la segunda se inclinó un poco y á un mismo tiempo vimos tres líneas de fusiles dirigidos á nosotros: cesó repentinamente la gritería en mis compañeros; resonó en el espacio el estrépito de una descarga cerrada y empezaron á oírse á mi alrededor gritos, no ya de triunfo, sino de dolor.

Yo me encontraba ileso á pesar de haber estado dentro de una lluvia de balas que sembraron de cadáveres y heridos la brecha y los muros. Los rusos habian abandonado la formacion que traian en un principio, deshaciendo la extensa línea de combate y avanzando en columna con mas celeridad.

Este espectáculo dió al traste con mi valor y á pesar de las voces de nuestros jefes, que nos excitaban á hacer fuego intenté huir del peligro pero retrocedí espantado, al ver caer bajo el filo de las cimitarras de nuestros oficiales á varios soldados que me iban á preceder en la huida.

Obligado á hacer frente al enemigo que se encontraba cerca del foso, apunté el fusil, cerré los ojos y sonó el disparo: en este momento recibí un fuerte golpe en la cabeza que me hizo caer sin sentido.

No sé el tiempo que estaria en esta situación; cuando volví en mí, me encontré en una sala destinada á hospital por los rusos. Estaba acostado sin poderme mover, pues tenia una herida en la cabeza y un brazo quebrado. Al lado de mi lecho estaban mis hermanos, ansioso saber cómo me encontraba en aquella situación. Satisface su curiosidad y ellos á su vez me dijeron que, visitando las murallas con el general de quien eran ayudantes, me reconocieron y me hicieron conducir allí á ver si se salvaba mi vida.

Enterados de mis amores, hicieron toda clase de

investigaciones para saber el paradero de Sarulh, pero sin resultado: su casa habia sido saqueada lo mismo que la del judío Nabal y mis almacenes. Cuando me pude levantar indagué, pregunté en todas partes por Mehemet-Edim y su hija; todo fué en vano. Entonces pude ver con dolor la razon que tenia Sarulh, al decirme que la soldadesca no respetaba nada. Tauris fue tomada por asalto con gran facilidad, lo que no pudo librarla del saqueo. Inútiles habian sido las órdenes que enviara el general Paskewitz en contrario.

Hallandome sin ningunos bienes, é inducido por mis hermanos, entré en el ejército ruso con el grado de alférez de caballería que me consiguieron sus influencias, no sin haber tenido que vencer algunos obstáculos, á causa de mis ningunos conocimientos.

Al poco tiempo se firmó la paz, marchando mi regimiento á Rusia á donde hube de seguirlo, llevando en mi corazón un doloroso vacío por el recuerdo de Sarulh.

Así pasé de la vida pacífica del mercader á la azarosa del soldado, cambio que modificó por completo mis ideas y costumbres.

Fragmento Segundo.

Una densa niebla cubria el valle; la vista percibia con dificultad los objetos situados á corta distancia, mis soldados se hallaban silenciosos y los caballos parecian participar de la ansiedad que á todos nos dominaba. Solo era interrumpido el silencio que reinaba en el espacio por el desapacible estruendo del Araxes, que se precipitaba por entre una estrecha garganta, y por el lúgubre sonido de las olas mar Caspio al estrellarse contra las rompientes y la barra del rio á un cuarto de milla de nosotros. Yo habia tomado las más minuciosas precauciones pues temia una sorpresa de parte del enemigo.

Cuatro años hacia que ingresara en el ejército ruso y despues de haberme hallado en la guerra de Polonia, donde alcancé el grado de teniente fui destinado á la frontera persa con el de capitán. Al acercarme á la patria de mi amada, recordaba con tristeza mis antiguas venturas. Las palabras que me dijera la noche del asalto; la mano que me diera á estrechar, lejos ahora de traer el placer á mi corazón lo hacian rebozar en dolor. Sarulh no existia ya, debió perecer en el saqueo.

El objeto de la expedicion que me ocupaba era exterminar una gavilla de bandidos persas que hacia escursiones anualmente por Abril y Octubre desde la guerra del 28, invadiendo el territorio ruso, devastando cuanto encontraba al paso, y sosteniendo rudos combates con las fuerzas que salian á castigar su osadía. Me encontraba á tres leguas de Saliau, plaza á que estaba destinado, y mi destacamento se componia de veinticinco coraceros de mi escuadron, al mando de un alférez y veinte cosacos, al mando de un viejo y experimentado sargento.

Emprzaba á salir el sol cuando oimos un disparo seguido de otros varios. La niebla al velarnos el horizonte, nos ocultaba también una avanzada compuesta de cinco cosacos, que al abrigo de una gruta habia colocado la noche anterior. Era urgente saber lo que acontecia, y no viendo llegar algun jinete que nos lo dijera, me adelanté seguido de algunos cora-

ceros á practicar un reconocimiento. No empezaba aun á levantarse la niebla y comprendí lo crítico de nuestra situación. Me adelanté sin embargo, pues á toda costa quería llegar hasta la avanzada. Ya debía estar cerca el sitio que ocupaba, cuando se arrojaron sobre nosotros varios jinetes. Reconocimos á los persas, disparamos sobre ellos nuestras pistolas y se trabó una corta, pero terrible refriega que dió por resultado la muerte de tres de los míos y varios persas, y que me hicieran prisionero, á pesar de una desesperada resistencia.

Fuí conducido á la cima de un montecillo, desde el cual dominaba la llanura. Pronto hirió mis oídos una lejana gritaría, acompañada de varias detonaciones, y en aquel momento la niebla me dejó ver un triste espectáculo. Mis soldados combatían contra un enemigo tres veces mayor; muchos habían muerto, otros se hallaban desmontados y solo un pequeño grupo conservaba sus caballos. El combate debía concluir pronto. Gritos de rakiá se escapaban sordamente de mi pecho, al encontrarme fuertemente atado y custodiado por cuatro bandidos. Yo que debía estar combatiendo con mi gente, yo que los había conducido con mi temeridad, durante la noche, á aquellos sitios, que ni aun lugar habíamos tenido de reconocer, debía permanecer espectador pasivo del combate. No tuve fuerzas para presenciar el desastre y aparté la vista de aquella sangrienta escena.

Al volverme hirió mis ojos un panorama que hubiera sido mi embeleso en otra ocasión. Enfrente de mí se extendía la azulada superficie del mar; una fuerte brisa del Norte agitaba sus aguas y las olas coronadas de blanca espuma avanzaban rugiendo á estrellarse en las escarpadas rocas de la playa. Un esbelto buque se mecía gallardamente á impulso de las olas anclado á poca distancia de la embocadura del río, cuyas aguas despues de sostener una corta lucha con las del mar se abrían paso en medio de ellas, marcando su camino con un ligero tinte rojizo hasta el sitio en que se confundían en unas solas. Un bote tripulado por varios marineros se preparaba á entrar en el río.

Poco rato hacia que yo contemplaba con amargura este espectáculo, cuando oí los gritos de triunfo de los persas y volviéndome pude ver el campo de batalla lleno de cadáveres de una y otra parte y á seis de mis coraceros, entre los que se hallaba el alférez, conducidos prisioneros por un grupo de bandidos.

Cuando llegaron al bote me hicieron bajar y todos entramos en él escoltados por ocho persas. Los remeros empezaron á bogar, y mientras nos deslizábamos hacia el buque por el río, pude ver á todos los demás jinetes vadearlo y cruzar á galope la extensa llanura que llega hasta las fronteras de Persia.

Durante la travesía, ni mis soldados me hablaron ni yo tuve valor de dirigirles la palabra. En sus semblantes se veía bien claro que me culpaban de lo sucedido.

Llegamos á bordo é inmediatamente levaron anclas y se hizo el buque á la vela: á unas dos millas al Este se veía un crucero ruso, que se dirigía hacia nosotros luchando contra el viento. Los bandidos despues de correr una bordada hacia el Norte con objeto, sin duda, de engañar al crucero, viraron repentinamente hacia el Sur, largando todas las velas: el buque cortaba las olas con gran velocidad y la espuma subía hasta los escobenes. Nuestro bergantín

hizo rumbo hacia el Sud Oeste con intención de cortar nuestra retirada. Su velocidad era mayor que la del pirata (pues ésta era la calificación que merecían los persas) y por tanto empecé á tener algunas esperanzas de libertad. Sin embargo, los persas las desvanecieron muy pronto. Nos habían colocado en la proa y en un principio no fijaron mucho su atención en nosotros; más luego que empezó á darles obstinada caza el crucero nos despojaron de los uniformes y pusieron un dogal al cuello de cada soldado izándolos en seguida á una verga.

Yo presencié esta ejecución aterrado: los soldados al morir me maldecían. Viendo que los persas respetaban mi persona y que iban á ejecutar al oficial los apostrofé en su idioma: esto hizo que uno de los jefes fijaran en mí su atención é inmediatamente dió órden de que nos dejaran en libertad á los dos.

Entonces se ocuparon en observar á nuestro buque y en hacer los aprestos del combate. Prepararon los cañones y los pusieron en batería; pero no bajaron las portas que llevaba hábilmente disimuladas.

Pronto estuvieron los dos buques á medio tiro de cañón; el persa disparó su andanada que destrozó la arboladura y el velamen del crucero: éste hizo á su vez fuego sin causar por desgracia mia avería notable en el buque que me conducía y que se apartaba rápidamente de aquél. El jefe que me librara de la muerte me hizo entrar en una cámara, donde permanecí entregado á las más tristes reflexiones, hasta la mañana siguiente en que me desembarcaron en una estrecha ensenada y haciéndome subir á un caballo me condujeron al interior. El alférez debió quedar en el buque.

Habíamos caminado unas seis horas por un terreno quebrado en el que había muy poca vegetación, cuando al salir de una estrecha garganta, nos encontramos en una extensa huerta, en el centro de la cual y medio oculto entre multitud de palmeras se divisaba un vasto edificio.

Llegamos á él y un negro me condujo á través de estrechos corredores á un elegante saloncito de gusto árabe. Una mujer se encontraba en él recostada muellemente en unos almohadones de terciopelo verde.

Un grito de alegría lanzó al verme, y yo fuí dueño de contener una exclamación de sorpresa. Era Sarulh. — No me habían engañado, dijo: y volviéndome á mi guía le hizo una seña é inmediatamente salió.

— Sarulh, la dije: No es una ilusión de mis sentidos el placer que experimento en este instante? Despues de cuatro años de creerte perdida; despues de cuatro años de desaliento y de tristeza; cuando creí encontrar la muerte, hallarte á tí, que eres mi vida, á tí, cuya imagen no se ha apartado de mí un solo instante; no puedo creerlo un sueño? No puedo temer que desaparezca al despertar? Habla déjame oír tu mágico acento, que me hizo empuñar las armas en Tauris, el que me abrió la senda de la gloria.

— Amigo mio, me dijo con pasión: no es un sueño; es una realidad que por lo inesperada nos lo parece. Te creía en la tumba, un esclavo mio te vió caer en el asalto bajo los golpes de varios soldados rusos, y esa fué la última noticia que tuve de tí. No dudaba de tu amor, y por lo tanto creía qué, si habías sobrevivido á tus heridas, habrías hecho indagaciones en mi busca.

— Y así sucedió, la interrumpí; curándome en el hospital mis heridas, mis hermanos te buscaron por toda

la Ciudad; no bien me pude levantar, te busqué yo mismo; hallé tu casa saqueada; pregunté á cuantos me encontraba, pero nadie te había visto y todos creían que estabas en ella cuando el saqueo y que habrías perecido. Entonces ingresé en el ejército ruso, busqué la muerte en Polonia, y solo encontré honores y ahora que la buscaba de nuevo he encontrado la felicidad perdida.

—Pues bien, ahora es justo que yo te diga porqué no me encontraste en Tauris. No bien empezaron á ceder nuestras tropas corrió mi padre en mi busca. Llegó á mi casa y me hizo montar á caballo; lo mismo que á mi servidumbre y seguidos por unos cien jinetes bravos y atrevidos fuimos á través de una porción de escondidas callejuelas á buscar una salida que no estuviera atacada: pronto nos encontramos fuera de la población: sin embargo, un destacamento de caballería rusa nos persiguió, nuestra escolta les hizo frente y los puso en precipitada fuga, pues los que no habían tenido ánimo para combatir en las calles, se habían vuelto leones en el campo. No obstante las balas de los rusos alcanzaron al grupo que formábamos los que íbamos huyendo y mataron á varias de mis esclavas entre ellas á mi anciana nodriza. Pronto estuvimos á salvo en los montes y emprendimos el camino de Teheran. Mi padre tenía muchos bienes en la Corte. A los seis ó siete dias llegamos se estaba entonces en negociaciones de paz y mi padre emitió en el consejo su parecer contrario al de Feth-Ali Schah y al de su hijo el príncipe heredero Albas Mirza; pues mientras estos abogaban por la paz á toda costa él quería la guerra. Esto y el ser poco afecto á la dinastía de los Cadjares hizo que Feth Ali lo desterrase á Mesched en el Khorasau, en donde permanecimos tres años y despues, levantado que fué el destierro, nos vinimos á Rescht que dista de aquí unas cuatro leguas. Yo habito en esta casa algunas temporadas que pasa mi padre en la Corte.

—Y cómo ha sido nuestro encuentro? Quienes son los que me han hecho prisionero?

—El hijo de mi nodriza, que fué el que iba á tu lado cuando el asalto; adquirió la libertad y ansiando vengar la muerte de su madre, se hizo capitán de bandidos, atacando siempre que en su mano estuvo á los rusos. Ayer las palabras que le dirigiste hicieron que te reconociera y que pensase en la alegría que podía proporcionarme tu encuentro.

—Esta mañana un mensajero suyo me trajo la noticia y desde entonces no he sosegado hasta verte.

—Y sabes acaso la suerte de un alférez que me acompañaba?

—Si: ayer durante el combate con el crucero ruso se arrojó al mar y pudo salvar á nado la distancia que separaba uno y otro buque y fué recogido por el nuestro.

—Sarull, te has acordado de mí durante estos cuatro años? Las palabras que me dirigiste en Tauris la mañana del asalto puedo esperar que se cumplan? Podré ya entregarme sin obstáculo alguno al amor que te profeso?

—Sin obstáculo, no: hay uno que solo pueda vencer la pasión que me domina. Yo te conocía desde tu llegada á Tauris, sabía por Nabal tus relevantes prendas, y al advertir en tí el cariño que por mí sentías, nació en mi pecho un amor puro que yo no había conocido hasta entonces: procuraré alentar tu timidez, quería oír de tus labios que me amabas, pues ese

había de ser el mayor goce que hubiera tenido hasta entonces.

—Educada en la opulencia, solo habían llegado á mi oído las adulaciones de mis esclavas: mi padre había sido sobrio en prodigarme sus caricias y mi corazón jamás había experimentado sensación alguna. El orgullo, la soberbia, la ira eran pasiones desconocidas para mí; pero también desconocía la caridad y el amor. Mi madre murió siendo yo muy niña y dejó mi corazón seco y marchito. Solo el dolor era de mí conocido.

(Se continuará)

C. B. R.

El día 10 del mes anterior se verificó la sesión extraordinaria que se acostumbra celebrar mensualmente en el ATENEO. El Señor D. José Sanchez Ros pronunció un discurso, en el que desarrolló el siguiente tema: El escepticismo no existe por ser la contradicción del hombre con su conciencia, habiendo sido escuchado con atención y gustosamente aplaudido. El Señor D. Agustín Fernando de la Serna se ocupó de la aparición del cristianismo, y de su influencia en los tres primeros siglos, presentando en acabados cuadros y con brillantes imágenes las costumbres de la sociedad pagana, algunos de los más notables sucesos de la vida de Jesús, y la prodigiosa propagación de su doctrina, á pesar de los obstáculos que se le opusieron. El discurso del Señor de la Serna fué interrumpido varias veces por los aplausos de la concurrencia, que igualmente se los tributó en abundancia, al recitar la poesía: El jugador. El Señor D. Felipe Pla leyó una poesía titulada: Confidencias cuyo mérito podrán apreciar nuestros lectores, que la encontraran en otro lugar del presente número. Las bellas Señoritas como siempre: entusiastas por el ATENEO y haciendo las delicias de la reunión con su natural complacencia é inimitables dotes. Cantaron con el gusto que les es propio las Señoritas de Bayona y Mazzuchelli, y la Señorita de Canovas lució una vez más su admirable ejecución en el piano. Si quizá nuestra insubiciencia no halla nuevos giros en el lenguaje para describir los prodigios del arte y de la hermosura que tanto se identifican en nuestras graciosas paisanas, no duden éstas, que el corazón no desconoce la grandeza del sentimiento que se alberga en sus almas, ni la sublimidad de la inspiración que brilla en sus hermosos ojos.

Recomendamos á nuestros suscritores la notable publicación, titulada: «Correspondencia literaria», semanario bibliográfico popular, redactado por los más distinguidos escritores de España y extranjeros. Contiene excelentes artículos literarios, bellísimas poesías, una sección festiva sumamente agradable, y se ocupa de las obras que salen á luz en España, si los autores se sirven remitir un ejemplar al director del periódico D. Eduardo de Latorre.

Llamamos igualmente la atención sobre el índice que se inserta en la última página de dicho periódico, anunciando una multitud de obras antiguas; algunas de ellas difíciles de encontrar y de gran mérito, que se hallan de venta en la librería de D. Juan Rodríguez, calle del Olivo, números 6 y 8 = Madrid.